

La historia en nuestro paradójico tiempo presente

Pedro Ruiz Torres

Pedro Ruiz Torres es catedrático de Historia Contemporánea de la Universitat de València. Recientemente ha compilado el libro *Discursos sobre la historia (PUV, 2000)* y ha colaborado en los volúmenes preparados por J. Revel y G. Levi *Political Uses of the Past (Londres, 2002)* y por I. Saz y M.C. Romeo *El siglo xx. Historiografía e historia (PUV, 2002)*.

Si algo caracteriza a la actual coyuntura en relación con el conocimiento histórico es la dificultad de expresar un pensamiento acerca del mismo que no envuelva una o varias paradojas. En diferentes épocas la historia ha sido sucesivamente indagación sobre cierto tipo de acontecimientos, *magistra vitae*, fundamento o base para la política, razón oculta del proceso humano y ciencia de los hechos del pasado. Resultaría mucho más difícil encontrar hoy en día una definición de semejante carácter.

Por un lado, la ruptura pretendida por el fenómeno autodenominado *posmodernidad*, que ha tenido una indudable incidencia en el trabajo de los historiadores, y los *giros* o virajes bruscos («narrativo», «lingüístico», «cultural», «crítico», últimamente «historiográfico») destinados a apartar a los «nuevos historiadores» (y cada dos por tres surge una «nueva historia») del camino hasta ese momento recorrido por la «vieja historia» profesional, han creado un clima ciertamente poco favorable a destacar la continuidad y el desarrollo de la disciplina histórica. La atención más bien se centra en la permanente «crisis de la historia», en la historia como producto cultural, en el uso público del pasado, en la subjetividad del historiador, en el importante papel del factor individual en la historia y en la metodología de los historiadores, en la coexistencia de muy diversas narrativas en función de cada presente y de cada coyuntura, en la incertidumbre epistemológica y en el incontenible proceso de «desmigajamiento» hasta llegar al «caos» actual. Tal parece como si la pretensión de los historiadores de presentarse como miembros de una comunidad científica, aunque de entrada se acepte la modestia y la peculiaridad del intento, careciera hoy completamente de sentido.

Por otra parte, sin embargo, en medio de esa crisis tantas veces proclamada, la euforia general que hace un siglo se manifestó en la puesta de largo de la historia como disciplina en algunos pocos países ^①, ha quedado empequeñecida en nuestro tiempo por la velocidad con que se multiplican en casi todo el mundo las conmemoraciones, los congresos, las asociaciones, las publicaciones o los trabajos inéditos procedentes de un medio profesional que crece constantemente, se diversifica y experimenta también por su parte el fenómeno de la *globalización*. La «crisis de la historia» encaja mal con la sensación de estar ante una expansión profesional desbordante e inabarcable, incluso si la circunscribimos a aquellos ámbitos espaciales o temáticos que nos resultan más próximos o familiares. Con razón se ha escrito recientemente que la historia no es un asunto de diletantes, de amateurs o de individuos que ejercen otras actividades y consagran al estudio del pasado sus tardes libres y sus fines de semana, sino el resultado de la actividad de un medio profesional estable y convenientemente estructurado ^②. Esa profesionalización de la historia, bien conocida en el caso de Francia ^③, es actualmente una realidad en pleno auge en gran parte del mundo y no hay signos de que la expansión vaya a detenerse en el futuro, aunque aumenten paralelamente las dificultades en el terreno de la investigación y en el de la enseñanza, tradicionalmente los más frecuentados. Nuestro tiempo abre caminos alternativos y resulta en cierto modo propicio a la búsqueda y exploración de nuevas salidas para los historiadores profesionales en el mundo de la «economía de servicios» y de la «sociedad de la información», tan característico del desarrollo postindustrial.

① Juan José Carreras, «Certidumbre y certidumbres. Un siglo de historia», en M.Cruz Romeo e Ismael Saz, eds., *El siglo xx. Historiografía e historia*, Valencia, Universitat de València, 2002, pp. 77-83.

② Alain Guerreau, *L'avenir d'un passé incertain*, París, Éditions du Seuil, 2001, pp. 296-297.

③ Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français 1865-1885*, Toulouse, Privat, 1976; Guy Bourdieu y Hervé Martin, *Las escuelas históricas*, Madrid, Akal, 1993; Hervé Cousteau-Bégarie, *La phénomène nouvelle historire. Grandeur et décadence de l'école des Annales*, París, Economica, 1983; François Dosse, *La historia en migajas*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1988; François Bédarida, dir., *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1995; Gerard Noiriel, *Sobre la crisis de la historia*, Madrid-Valencia, Frónesis, Càtedra-Universitat de València, 1997.

Ahora bien, si la historia profesional se encuentra en expansión, aunque experimente una llamativa crisis de identidad, debe haber buenas razones para ello. Sin embargo ¿cómo hacerlas compatible con la pérdida del valor social que antes tenía el pasado en una época como la nuestra de absoluto predominio de lo contemporáneo? La omnipresencia del tiempo actual se manifiesta de tal modo que algunos historiadores han llegado incluso a ver en ese fenómeno el principal rasgo de la actual *coyuntura historiográfica*. El rápido ascenso de lo contemporáneo, de la «historia del tiempo presente», habría alcanzado la primacía en nuestros días y se convertiría así en la categoría dominante. Un rasgo de época y de cultura, nos dicen François Hartog y Jacques Revel ④, que la propia historia como saber y en general el conjunto de las ciencias sociales comparten. Lo contemporáneo está tejido de palabras o de nociones que forman la evidencia de nuestro presente y del pasado contenido en el mismo. Son «maîtres mots», «mots de passe du temps» («presente», «memoria», «identidad», «genocidio», «testimonio», «responsabilidad») que sustituyen a los grandes relatos y pueden perfectamente figurar en una especie de diccionario de ideas recibidas en función de las cuales debemos situarnos o tomar postura. Lo contemporáneo se ha convertido en un imperativo, en una presión que se ejerce sobre las ciencias sociales (el caso de la antropología es espectacular: de lo lejano, lo tradicional, se ha ido a lo contemporáneo, a lo que está ocurriendo ahora mismo) para que respondan mejor a la «demanda social». La *historia del tiempo presente* alcanza una entidad extraordinaria en comparación con la importancia que antes tenían otros periodos: los «orígenes» de la edad contemporánea, la edad moderna o el «antiguo régimen», por no hablar del mundo clásico para nuestros antepasados no muy lejanos. Aquí, en el terreno de lo contemporáneo, el historiador se las ha de ver con alguien que también reclama su condición de experto, capaz de disponer de la información en el momento en que se producen los hechos, pendiente como está de la noticia convertida en verdadera historia contemporánea «en directo». Me refiero por supuesto al periodista, con el que en ocasiones el historiador se confunde al ejercer de comentarista de los acontecimientos que acaban de producirse.

Nuestro tiempo se caracterizaría por dos rasgos que José Jiménez Lozano ha resumido del siguiente modo. Uno de ellos sería la actitud respecto al pasado, un tiempo lleno de dificultades que al fin habría desembocado en nuestra plenitud. El otro, la conciencia de plenitud frente a un futuro pensado como la interminable repetición de lo mismo, sin ningún *novum* en el horizonte. «Este nuestro tiempo sería el de la plenitud, y, tras él, sólo quedarían tinieblas, mientras que, ante él, el futuro vendría configurado como la interminable repetición de lo mismo. Ningún *novum* esperaríamos a la humanidad. Pero desde esa misma conciencia de la plenitud, este tiempo nuestro se sentiría autorizado para intervenir en el futuro y también en el pasado. En el futuro, condicionándolo radicalmente, esto es, tomando decisiones que de hecho son la supresión, a veces total, de muchas opciones para las generaciones que vengan, forzándolas, efectivamente, a ser repetición de nuestro mundo de ahora mismo, porque se les impedirá ser de otro modo; y con respecto al pasado, configurando éste como mero tiempo de Adviento oscuro y lleno de dificultades, pero que al fin ha desembocado en esta nuestra entera plenitud. Sin que, por lo tanto, haya lugar a mención de la tragedia humana ni en el pasado ni para el porvenir, porque la plenitud absorbe en sí misma la tragedia, y la convierte sencillamente en coste de esa plenitud, y exactamente como ocurre con la que sea precisa para preparar el futuro»⑤.

De ese modo la historia no sólo habría acabado de perder su antiguo valor social, ese valor que la *experiencia de la modernidad* le empezó a arrebatar hace tiempo cuando tomó conciencia de la fragilidad de todo aquello que parecía sólido ⑥, el valor social de haberse convertido en algo así como un depósito de ejemplos significativos para la educación de las minorías dominantes, antigua fuente de inspiración y de legitimación de su predominio en la vida pública. Ahora, además de mantener

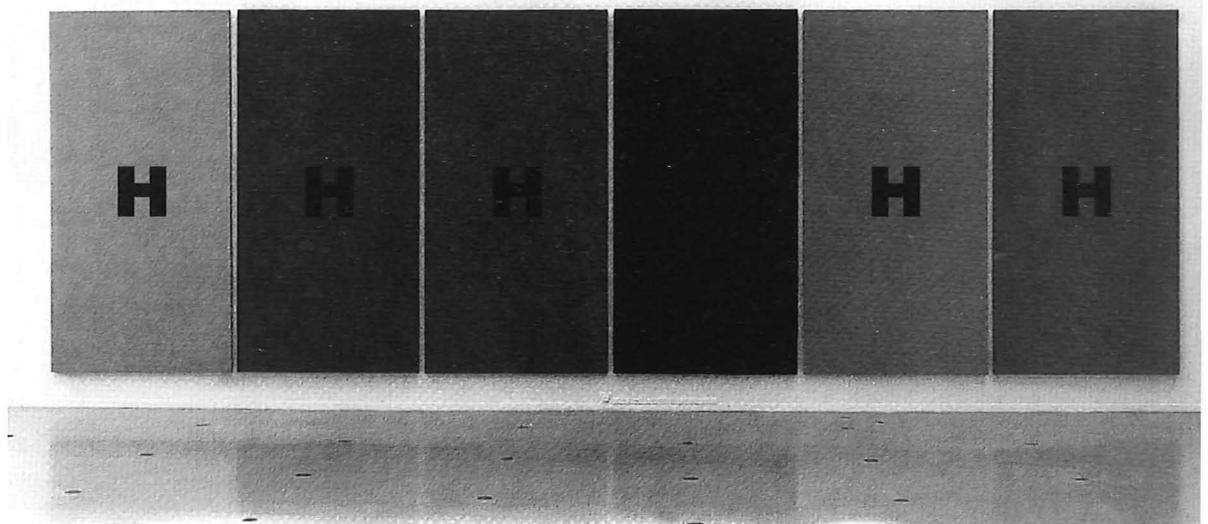
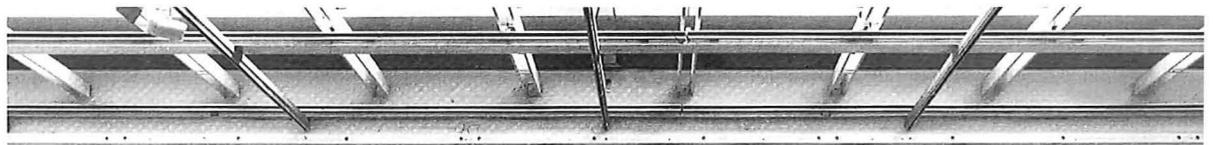
④ François Hartog y Jacques Revel, «Historians and the Present Conjuncture», en Jacques Revel y Giovanni Levi, eds., *Political Uses of the Past. The Recent Mediterranean Experience*, London, Frank Cass, 2002, pp. 1-12. Hay también una edición francesa, en parte diferente por los artículos que incluye, a cargo de François Hartog y Jacques Revel, *Les usages politiques du passé*, París, Enquête núm. 1, Éditions de L'École des Hautes Études en Sciences Sociales, 2001.

⑤ José Jiménez Lozano, «Pensar, narrar, enseñar la Historia», *Archipiélago*, núm. 47, junio-agosto 2001, p. 11.

⑥ Véase, cómo no, Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*, Madrid, Siglo XXI, 1988.

esa discontinuidad radical con el pasado que desvaloriza el «conocimiento anticuario», la *posmodernidad* habría dejado de concebir la historia como lo hacía una de las dos caras de la modernidad, la más influyente: como *proceso* que abarca el pasado, el presente y el futuro, proceso en realidad identificado con *progreso* en línea ascendente y movido por protagonistas colectivos (estados, naciones, pueblos, clases sociales, la humanidad entera), al que la razón histórica supuestamente le proporciona su verdadero sentido ⑦. Las grandes filosofías, las grandes teorías que pretendían dar cuenta de ese proceso y de su razón histórica, dispuestas a atribuirse la capacidad de orientar nuestras acciones en el presente y de intervenir en él para anticipar un futuro de acuerdo con el *sentido de la historia*, han resultado un completo fracaso. De ahí la desconfianza hacia semejantes pretensiones.

⑦ Para una síntesis del proceso de constitución del concepto moderno de historia véase Reinhart Koselleck, «Geschichte», en O. Brunner, W. Conze y R. Koselleck, eds., *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Ernst Klett/J. G. Cotta, 1975, vol. 2, pp. 647-717.



Nadie se atreve hoy a decirnos qué leyes rigen el movimiento de las sociedades y menos de qué modo hemos de adecuarnos a ellas para ir en favor o en contra de la historia. La palabra progreso, la idea misma de que la historia tenga alguna razón o sentido, gozan de un fuerte descrédito.

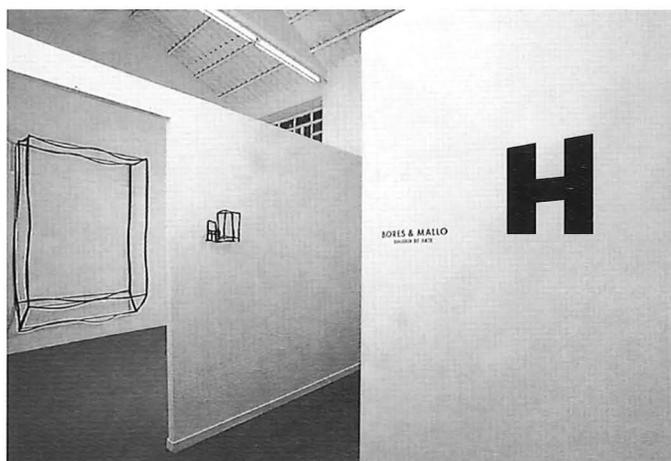
En buena lógica, en nuestro presente supuestamente de la plenitud, que condiciona y absorbe de tal modo al pasado y al futuro que de hecho los suprime (en el primer caso como depósito de experiencias útiles, en el segundo como horizonte de cambio), resulta un contrasentido interesarse profesionalmente por la historia. A menos, naturalmente, que se piense en el pasado como si tratara de un *país extraño* ⑧, exótico, un lugar de visita donde ejercemos de coleccionistas de «reliquias» y en el que nos refugiamos para sentir la nostalgia propia de la vejez, cada vez más extendida en nuestra sociedad, o para evadirnos de un presente insatisfactorio que, sin embargo, no nos atrevemos a cambiar. Allí, en ese país exótico, podemos entrar y salir por los más diversos motivos sin necesidad de ninguna identificación profesional. Cualquiera en realidad puede ser un buen turista de viaje por el pasado si se prepara convenientemente para ello. De ese modo el pasado resultaría no sólo un país

⑧ David Lowenthal, *El pasado es un país extraño*, Madrid, Akal, 1998.

extraño sino en gran medida también un pasado creado por cada uno de nosotros, moldeado por nuestros recuerdos selectivos, que dependen a su vez de las motivaciones de los respectivos «viajes turísticos» a través del tiempo. Para nada entonces hace falta una disciplina histórica convencional si la historia carece de sentido «objetivo», si la verdad histórica depende del punto de vista de cada uno, si no existe la historia en singular sino un conjunto de *historias* muy personales.

En la misma presión de lo contemporáneo podríamos encontrar una posible respuesta a la evidente paradoja de una historia profesional en expansión, en un mundo donde tienen algún valor las «reliquias» procedentes de otras épocas, pero que no le confiere al pasado poder alguno de influir decisivamente en el presente y menos en el futuro, ni de convertirse en objeto de conocimiento científico. Lo contemporáneo se habría

convertido en un imperativo, en una presión ejercida sobre todas las ciencias sociales para que respondan mejor a la «demanda social», pero para satisfacer a esa demanda en el caso de tiempos pretéritos no basta con aficionados, es mejor contar también con algún tipo de «experto». Nuestra sociedad, como es bien sabido, está llena de «expertos» en todos los ámbitos de la actividad



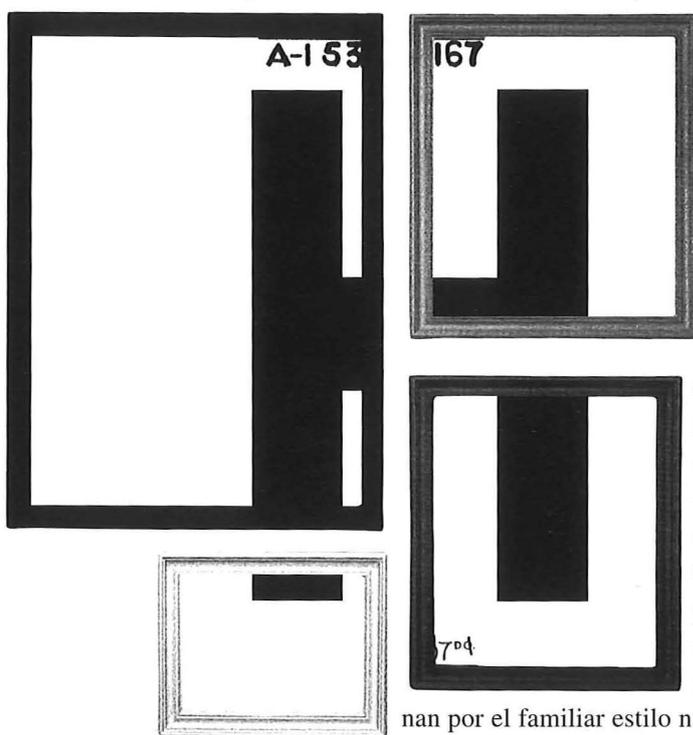
humana, desde el más humilde y sencillo al más complejo. Todos somos en realidad «expertos» en algo. El historiador sería percibido ahora como el *experto de la memoria* y en dicho terreno su labor tendría valor y justificación en el tiempo presente. Después de todo, reliquias, historias y recuerdos cubren la experiencia humana actual. El pasado forma parte integrante de todos nosotros en el plano individual y en el colectivo. El historiador sería ese personaje experto que nos ayuda a descubrir el pasado en los objetos físicos o reliquias donde lo percibimos de un modo tangible, objetos procedentes del pasado que sobreviven en el presente y que el presente conserva para vivir a la vez en el presente y en el pasado, para revisitarlo una y otra vez, para asimilarlo y apropiárselo constantemente como cualquier otra mercancía, a gusto desde luego de los diferentes consumidores y de sus respectivas y cambiantes demandas.

Como señaló hace años Manuel Castells ©, «la transformación del tiempo bajo el paradigma de la tecnología de la información, moldeado por las prácticas sociales, es uno de los cimientos de la nueva sociedad en la que hemos entrado, conectado de forma inextricable con el surgimiento del espacio de los flujos». El tiempo lineal, irreversible, medible y predecible se hace pedazos en la sociedad red. La idea de progreso, que durante los dos últimos siglos estuvo en los orígenes de nuestra cultura y de nuestra sociedad, se basaba en el movimiento de la historia guiada por la razón y acompañada del impulso de las fuerzas productivas que permitía escapar de las limitaciones de las sociedades y culturas circunscritas al espacio. El dominio del tiempo habría transformado y conformado el espacio y ahora es éste el que toma el relevo y estructura la temporalidad en lógicas diferentes e incluso contradictorias. No sólo seríamos testigos de una relativización del tiempo según contextos sociales o, de forma alternativa, del regreso al carácter reversible del tiempo, como si la realidad pudiera capturarse del todo en mitos cíclicos. La transformación resulta más profunda: es la mezcla de tiem-

© Manuel Castells, *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*, vol. 1: *La sociedad red*, Madrid, Alianza Editorial, 1997; ver también el volumen 2: *El poder de la identidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, y el vol. 3: *Fin de milenio*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

pos para crear un universo eterno, no autoexpansivo, sino autosostenido, no cíclico sino aleatorio, no recurrente sino incurrente. Manuel Castells lo ha llamado el *tiempo atemporal* y considera que existe una estrecha relación entre la ideología del fin de la historia, las condiciones materiales creadas en la lógica del espacio de los flujos y el surgimiento de la cultura posmoderna, cultura en la que el tiempo se comprime y en última instancia se niega, como una réplica primitiva de una rotación rápida de la producción, el consumo, la ideología y las políticas en las que se basa nuestra sociedad.

En esa nueva cultura el historiador tendería a convertirse en el *experto de la memoria* capaz de dar *testimonio* del pasado, de hacer revivir distintas experiencias de otras épocas a partir de las «reliquias» descubiertas, conservadas, expuestas, «reliquias» que hacen de cualquier fragmento



del pasado una realidad próxima y asimilable en nuestro presente, aunque sea a costa de desarraigarla de ese otro país extraño para transplantarla al nuestro. Así se manifiesta también ese *tiempo atemporal* en la función del historiador. El *historiador en nuestro tiempo presente* estaría siempre dispuesto a conjugar memorias y agendas políticas en las múltiples conmemoraciones que ritman la vida pública. Buscaría unir su calidad de experto, capaz de

dar testimonio del pasado, a los requerimientos mediáticos que tienden a una «historia de urgencia», a una «historia en directo» estrechamente vinculada a la actualidad de la noticia. Trataría de que sus investigaciones de muchos años conectaran de algún modo con las preferencias del gran público, preferencias que, en cuanto a temas, se modifican muy rápidamente como lo hace la propia sociedad, mientras que en el fondo se inclinan

por el familiar estilo narrativo. De ese modo la *memoria*, por un lado, y por otro la *escritura de la historia* adquieren el protagonismo evidente que tienen en la actual coyuntura ¹⁰, pero de nuevo aquí volvemos a encontrar una situación muy contradictoria.

El relato, para empezar, nunca desapareció de la historia, aunque ésta se emancipara progresivamente de sus orígenes literarios. El historiador dejó de tener interés por la retórica como recurso para captar la atención de su público potencial y su lenguaje perdió abundancia de metáforas y buscó hacerse más preciso, más científico. Sin embargo, el relato no ha retornado en las últimas décadas sencillamente porque nunca se había ido. Paul Ricoeur lo mostró muy bien en el caso de la escuela de los *Annales* y en especial en la obra maestra de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* ¹¹. ¿A qué se debe pues tanta insistencia en la historia narrativa? Unos la contraponen a la historia concebida como ciencia, por cuanto si la historia no existe en singular, ni como proceso ni como forma de conocimiento que tiende de algún modo a hacerse objetivo, lo que queda es una multiplicidad de historias, de narraciones subjetivas, una constante reescritura de la historia en función del momento presente y del punto de vista de quien la escribe. En consecuencia, todas las narraciones históricas serían igualmente válidas. Otros, por el contrario, no quieren ir tan lejos y hablan de dos elementos que se complementan, de una historia que es a la vez

¹⁰ François Dosse, *L'histoire*, París, Armand Colin, 2000; *Història. Entre la ciència i el relat*, Valencia, Universitat de València, 2001.

¹¹ Paul Ricoeur, *Tiempo y narración*, Madrid, Cristiandad, 1987, vol. 1 y 2; vol 3 publicado por Siglo XXI, 1996.

investigación y escritura. Sin embargo, es mucho más que eso lo que el interés por la escritura de la historia pone de relieve. La *escritura de la historia*, como mostró hace tiempo Michel de Certeau ¹² es de varios tipos. Ejerce diferentes funciones en el trabajo del historiador de apropiarse del pasado, en el ritual de exorcizar la muerte para introducirla en el interior del discurso. Ello se hace en el seno de una historia que, en palabras del citado autor, mantiene una tensión constante entre ciencia y ficción, no en vano es un relato mediatizado por la técnica procedente de una práctica institucionalizada que remite a una comunidad de investigadores.

¹² Michel de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975.

Antoine Prost lo ha sintetizado admirablemente ¹³. El relato conviene a la explicación de los cambios. Naturalmente implica buscar las causas y las intenciones y hay que tener en cuenta que no es la única forma de exposición histórica. Hay otras, como los «cuadros», que ponen de relieve las coherencias, las relaciones entre las partes, y que no están centrados en el cambio, sino en las particularidades del objeto estudiado, sobre aquello que asegura su unidad (*La sociedad feudal* de Marc Bloch, para la historia económica y social o el *Rabelais* de Lucien Febvre para la historia cultural). Los relatos comportan cuadros y estos a su vez relatos. Existen formas mixtas y combinaciones muy complejas. El historiador configura con preguntas su tema, escoge dentro del *continuum* de la historia, delimita el objeto de estudio, crea una trama de personajes y escenas dentro de un determinado marco cronológico, construye una intriga para dar cuenta de lo que ha sucedido. La diferencia entre un texto histórico y otros de tipo narrativo no está sin embargo en el orden de la intriga. Basta con abrir un libro de historia para captar la distinción. El primero presenta signos externos muy evidentes y en él hay un aparato crítico, de referencias a pie de página. Son esas «marcas de historicidad», como las denomina Krzysztof Pomian ¹⁴, que ejercen en el texto histórico una función específica, la de reenviar al lector fuera del texto, a los documentos presentes en el mismo y que le permitieron a su autor reconstruir el pasado y fundamentar sus interpretaciones. Constituyen en definitiva un mecanismo de control. Por ese motivo, la verdad en historia es aquello que está probado y lo probado es aquello que está verificado.

¹³ Antoine Prost, *Doce lecciones sobre la historia*, Madrid-Valencia, Cátedra-Universitat de València, 2001, capítulos 11 y 12.

¹⁴ De Krzysztof Pomian ver especialmente, en ese sentido, su libro *Sur l'histoire*, París, Gallimard, 1999.

La verdad, cabe añadir, no es desde luego un desvelamiento súbito y repentino, sino el resultado de una serie de operaciones intelectuales, de un proceso de aproximaciones sucesivas por parte de una comunidad de historiadores, de cuyos resultados nunca podemos estar completamente seguros, pero que se va haciendo objetivo frente a los errores, manipulaciones y engaños de ese otro tipo de historia que no se presta a la confrontación con los documentos ni a la crítica de la comunidad científica. Como ha escrito Roger Chartier, frente al intento de disolver el estatus de conocimiento de la historia en una dimensión narrativa que enfatiza la invención ficcional, es preciso sostener con fuerza que la historia está dirigida por una intención y un principio de verdad, que el pasado que ella se da como objeto de estudio es una realidad exterior al discurso, y que su conocimiento puede ser controlado ¹⁵.

¹⁵ Roger Chartier, *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*, París, Albin Michel, 1998, p. 16.

Por ello la nueva coyuntura historiográfica de las dos últimas décadas también ha podido ser vista, y así lo ha hecho Bernard Lepetit, como un camino posible de superación de falsas dicotomías en favor de una historia que sea conjuntamente discurso y técnica de investigación, narración y puesta en marcha de procedimientos críticos; en definitiva, el aprendizaje de una técnica muy específica, de un oficio basado en la manipulación (de archivos, de series, de contextos, de escalas de hipótesis) y en la experimentación, de una práctica en la cual se define la pertinencia. Frente a una historia de las mentalidades demasiado estrictamente entendida, se trataría de recordar que los seres humanos no están solos en el mundo sino que ellos están entre ellos, que no se puede considerar que viven en un universo de representaciones indiferentes a las situaciones en las cuales esas mentalidades se

encuentran activadas. Contra una historia cuantitativa de las estructuras sociales, se trataría de oponer que los hombres no están en categorías sociales como las bolas en cajas y que éstas no tienen otra existencia que la que los hombres en sus respectivos contextos sociales les dan. La sociedad no es más que una categoría de la práctica social y las identidades sociales o los vínculos sociales no tienen naturaleza, sino solamente usos. La historia avanzaría así hacia un realismo funcional o restringido que rechazaría tanto el «positivismo plano» como la reducción lingüística, el realismo sustancialista y la historia como pura retórica desconectada de todo referente externo, el realismo metafísico y el antirealismo ficcional. El tiempo adquiriría el papel de verdadero objeto específico de la historia y ésta se replantearía la cuestión de la objetividad en términos de pertinencia y validez en el seno de una práctica profesional y una metodología «pragmatista», en la cual los procedimientos son objeto de consenso por parte de la comunidad de historiadores profesionales. La historia, por otra parte, también participaría del nuevo movimiento intelectual que se encuentra presente en las demás ciencias sociales y tomaría distancia del estructuralismo para prestar atención a la acción convenientemente situada y acercar la explicación del ordenamiento de los fenómenos a su desarrollo mismo. Encontraría así en las modalidades de la agencia de lo social y en las prácticas interindividuales y colectivas que entran en juego, la fuente de comprensión de lo social ⑩.

En cuanto a la memoria, ha adquirido ciertamente tal protagonismo en nuestros días que casi llega a convertirse en numerosas ocasiones en objeto preferente de reflexión y de estudio por parte de los propios historiadores. Incluso a veces en el vocabulario de los mismos la palabra memoria significativamente es preferida al uso del término historia. Se habla así frecuentemente de «memoria colectiva», de «memoria histórica», de «lugares de memoria», de «gestión de la memoria». La disociación historia/memoria, que estableció en su día el sociólogo durkheimiano Maurice Halbwachs ⑪, ha sido recuperada hoy por las ciencias sociales. Durante bastante tiempo, nos dice Alain Touraine, se consideró a la memoria la materia prima de la historia y a ésta como muy superior a aquélla, en tanto que representación capaz de tender a la objetividad en la medida en que integrara el mayor número posible de documentos. La memoria, por el contrario, resultaría algo cambiante, fragmentario y deformado, la memoria de un individuo o grupo particular cuyos esfuerzos van claramente dirigidos a afirmar su propia identidad, su peculiaridad. Sin embargo, en opinión de Touraine, «nos vemos cada vez más obligados a invertir la relación entre la historia y la memoria tal como nos lo enseñaron». En especial porque somos conscientes de que aquello que reconocemos como histórico depende cada vez menos de la selección hecha por los historiadores y más de quienes dirigen la producción y la difusión de las informaciones. De ahí la dificultad de aprehender la memoria y nuestro «deber de memoria» frente a la historia escrita por los dominadores (el ejemplo más patente es el de las mujeres). Deber de memoria que ha de concretarse en «la búsqueda de la experiencia de vida personal y colectiva», más allá de los sistemas de funcionamiento, de gestión y de interpretación de la vida colectiva, en definitiva, de la historia como representación de la misma, del discurso interpretativo e ideológico de la historia ⑫. También en otro sentido igualmente reivindicativo, el de los *lieux de mémoire* del historiador Pierre Nora, la memoria se identifica con la vida, por cuanto siempre se sustenta en grupos vivos y, por ello, en evolución permanente. La memoria estaría abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, sería vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, susceptible de largos estados de latencia y de repentinas revitalizaciones, mientras que la historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no existe. Por eso la memoria –nos dice el citado historiador– es un fenómeno siempre actual, un lugar vivido en el presente, mientras la historia nos parece una mera representación del pasado ⑬.

⑩ Bernard Lepetit., dir; *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, París, Albin Michel, 1995; Bernard Lepetit, *Carnet de croquis. Sur la connaissance historique*, París, Albin Michel, 1999. Ver también Christian Delacroix, «La falaise et le rivage. Histoire du 'tournant critique'», *Espaces/Temps. Les Cahiers*, núms. 59/60/61, 1995, pp. 86-111.

⑪ Maurice Halbwachs, *Les cadres sociaux de la mémoire* (primera edición 1925), París, Éditions Albin Michel, 1994.

⑫ Alain Touraine, «Memoria, historia, futuro», en Academia Universal de las Culturas, *¿Por qué recordar?*, prefacio de Elie Wiesel (ver también las intervenciones de Jean Pierre Vernant, Paul Ricoeur, René Remond, Henry Rousso, Julia Kristeva, Dominique Lecourt, Jacques Le Goff, Jorge Semprún, entre otras muchas recogidas en dicho libro), Barcelona, Ediciones Gráfica, 2002, pp. 199-205.

⑬ Pierre Nora, «La aventura de *Les lieux de mémoire*», *Ayer* núm.32 (Josefina Cuesta Bustillo, ed., *Memoria e Historia*), Madrid, Marcial Pons, 1998, pp.17-34; «Entre Mémoire et Histoire. La problématique des lieux», en *Les lieux de mémoire*, vol.1, París Gallimard, 1997, pp. 23-43.

Sin embargo, el creciente desplazamiento de la historia por la memoria ha llevado, como señala Giovanni Levi, a una dilatación de la memoria que provoca una obstrucción, un exceso de memoria, una saturación que impide el juicio y la crítica. Ello va unido a un revisionismo constante que se nutre de hechos contemporáneos, presenta el pasado cargado de ambigüedades y produce una memoria individualizada, y no colectiva, en la que no es la historia comunicable de un grupo lo que interesa (el pasado de la sociedad), sino la «autobiografía» de cada sujeto dispuesto a recuperar su particular memoria, que produce una mirada de fragmentos y de objetos separados. La acumulación de informaciones desmenuzadas que propicia esa memoria individualizada, nos dice Levi, hace que se pierda el sentido colectivo del pasado. La multiplicación de visiones subjetivas que va unida a un revisionismo de este tipo relativiza y en definitiva desvaloriza el pasado en general. «Hacen iguales a las dos partes en conflicto y ven a ambas en negativo»²⁰. Si nos detenemos un poco en ello —me gustaría añadir—, ese culto a la memoria, que tiende a individualizar, subjetivizar y relativizar la experiencia del pasado, se propone ocupar el lugar de una historia preocupada por proporcionar conocimientos objetivos acerca de ciertos hechos relevantes del pasado, a la que se descalifica por su ingenuo o peligroso afán de convertirse en ciencia y sus intenciones de adoc-trinamiento «autoritario». Ahora bien sea cual sea la crítica que deba hacerse a la historia científica, en especial cuando hace gala de un realismo y empirismo ingenuos o de una concepción determinista y mecanicista del proceso histórico asociada a una idea caduca de lo que es la ciencia, el peligro que trae consigo su desplazamiento por el culto a la memoria no puede ignorarse. Ha sido lúcidamente percibido, entre otros, por Paul Ricoeur²¹ y por Tzvetan Todorov. «En este momento —ha escrito Todorov—, que señala el paso del tiempo, fin de un siglo y comienzo de otro, los europeos, y muy especialmente los franceses, parecen obsesionados por un culto: el de la memoria. Como presos de nostalgia por un pasado que se aleja irrevocablemente, veneran de buena gana sus reliquias y se entregan con fervor a ritos conjuratorios, que al parecer van a mantenerlo vivo. Se inaugura, o eso parece, un museo por día en Europa (...). Se conmemoran cada año tantos acontecimientos notables que nos preguntamos, con inquietud, si quedan días disponibles bastantes para que se produzcan nuevos acontecimientos, que se conmemorarán el siglo que viene. Esta preocupación compulsiva por el pasado no puede considerarse natural, exige ser interpretada. El culto a la memoria no sirve siempre a las buenas causas (...). La memoria puede ser estilizada por su forma: porque el pasado, sacralizado, sólo nos recuerda a sí mismo; porque el mismo pasado, banalizado, nos hace pensar en todo y en cualquier cosa. Pero, además, las funciones que hacemos asumir a ese pasado no son todas igualmente recomendables». En realidad, cuando se escuchan esas llamadas contra el olvido o en favor de la memoria, «la mayoría de las veces no se nos invita a un trabajo de recuperación de la memoria, de establecimiento e interpretación de los hechos del pasado (...), sino más bien a la defensa de una selección de hechos entre otros, la que asegura a sus protagonistas que se mantendrán en el papel de héroe, de víctima o de moralizador, por oposición a cualquier otra selección, que podría atribuirles papeles menos gratificantes»²². Por ello, en mi opinión, la historia como saber acerca de los hechos del pasado, como tipo de conocimiento con todos los problemas que comporta, lejos de haber sido expulsada de su lugar preferente por el culto a la memoria, vuelve de nuevo a hacerse más necesaria que nunca en nuestros días, por mucho que tengamos que revisar nuestras ideas acerca de su carácter científico.

Una de las funciones que continúa asumiendo el culto a la memoria con fines nada recomendables es la que va unida a la constitución de identidades colectivas excluyentes, precisamente en una época como la nuestra en que es posible encontrar, en palabras de Ryszard Kapuscinski, «un

²⁰ Giovanni Levi, «Sobre l'ús polític de la història», *L'Espill*, segona època, num. 3 (tardor 1999), pp. 27-37; «The Distant Past: On the Political Use of History», en J. Revel y G. Levi, eds., *Political Uses of the Past*, op. cit., pp. 61-73.

²¹ Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Seuil, 2000.

²² Tzvetan Todorov, «Los usos de la memoria», en *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo xx*, Barcelona, Península, 2002, pp. 193-211.

⑳ Ryszard Kapuscinski, «El mundo global en cada aldea», *El País*, 28 de enero de 2001, p. 13.

㉑ Ver en ese sentido los diferentes trabajos que se incluyen en J. Revel y G. Levi, eds., *Political Uses of the Past*, op. cit., F. Hartog y J. Revel, *Les usages politiques du passé*, op. cit. y en el número 41 de la revista *Lev historia*, dossier organizado por Carlos Maurício y Magda Pinheiro, «Histórias nacionais/National Histories», Lisboa, 2001. Para el caso de España, Carolyn P. Boyd, *Historia Patria. Política, historia e identidad nacional en España: 1875-1975*, Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor, 2000; Juan Sisinio Pérez Garzón, Eduardo Manzano, Ramón López Facal y Aurora Rivière, *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000.

㉒ En el caso de Israel puede verse este tipo de historia en Neil Asher Silberman, «Structurer le passé. Les Israéliens, les Palestiniens et l'autorité symbolique des monuments archéologiques», en F. Hartog y J. Revel, *Les usages politiques du passé*, op. cit., pp. 99-115.

mundo global en cada aldea»^㉑. De nuevo ahí la paradoja vuelve a ponerse de relieve. No se trata sólo, aunque siga estando muy presente, de la tantas veces mencionada utilización de la «memoria histórica» con fines nacionalistas o de la historia de un modo u otro unida al objetivo de crear o reforzar identidades nacional-estatales ^㉑. Esa historia sigue estando muy extendida en los estados que han surgido del derrumbe de la Europa del Este, entre los movimientos nacionalistas que aspiran a tener su propio estado y en aquellos otros que pretenden justificar una ocupación impuesta por las armas ^㉑. Como es bien sabido, la moderna trayectoria de la historiografía profesional, que en la mayoría de las ocasiones asumió sin problemas la paradoja de vincular el estudio científico del pasado y la educación cívica a través del mismo a la legitimación de una nueva forma de poder político (el estado-nación), muestra bien a las claras el alto grado de politización que el triunfo de la ideología nacionalista impuso a la constitución de la «ciencia de la historia» y a su desarrollo como disciplina. Atrás queda en nuestros días la pretensión de hacer que la historia sirva de base «científica» para cualquier tipo de política nacionalista, incluso de aquella que se recubrió en su momento con ideales universalistas de emancipación del proletariado o de los pueblos oprimidos. Los excesos y el descrédito de ese tipo de historia explican que la función de crear y salvaguardar memorias nacionales, sobre la base del supuesto de una autoridad científica que en ese sentido hoy por fortuna han perdido los historiadores, haya provocado la reacción actual en favor de la multiplicación de memorias individualizadas y subjetivas, sin propósito alguno de adoctrinamiento. Cada vez es menor el crédito de las diversas memorias o historias nacionalistas que recurren insistentemente al pasado para legitimar sus aspiraciones de mantener o crear estados fundados en el mito de las identidades nacionales preexistentes. La misma constitución de los sujetos históricos ha cambiado hasta tal punto que los historiadores actuales han dejado de concebirlos como entes colectivos homogéneos y permanentes a lo largo de un tiempo lineal y de progreso. Por ello reeditar semejante tipo de historia nacionalista equivale a darle la espalda al presente histórico e historiográfico.

Sin embargo, hay otra forma de utilización mucho más sutil de la «memoria histórica» o de la historia con el fin de convertir al presente político en una realidad inmune a la crítica de lo que fue su pasado, frecuentemente nada gratificante, y sustraerle de paso al futuro la posibilidad misma de ser diferente mediante una opción incontestablemente democrática. En numerosos países occidentales, con la excusa de que la historia debe cumplir una función cívica democrática, se ejerce una presión desde influyentes círculos políticos conservadores y a veces también desde el propio gobierno para que los contenidos factuales, en especial la memoria de los acontecimientos y de los hechos políticos «relevantes», vuelva a ganar presencia en los programas de enseñanza y en los libros de historia, a costa del aprendizaje de la historia como tipo de conocimiento. A principios de los 80 se produjo en Francia la reacción de la llamada la Santa Alianza de la historia nacional, formada por representantes de distintas familias políticas tanto de la derecha como de la izquierda, contra la profunda reforma de los programas de historia que rompían con la tradición proveniente de la Tercera República. Luego vino el debate en Inglaterra sobre los contenidos del *National Curriculum for History* para los exámenes nacionales propuestos por el gobierno conservador en la época de Margaret Thatcher y el pronunciamiento de los senadores republicanos en Estados Unidos contra los *national standards* elaborados a mediados de los 90 por un grupo de historiadores ^㉒. La llamada «guerra de las humanidades», en la España gobernada por el Partido Popular, resulta de momento el último episodio de esa reacción y tiene un valor ilustrativo digno de ser destacado.

La enseñanza de la historia empezó a ser reivindicada en España por gobierno de José María Aznar no con vistas a oponerse a la pérdida de interés por el pasado y por la cultura humanística en

㉒ Christian Laville, «La guerre des récits: Débats et illusions autour de l'enseignement de l'histoire», en Henri Moniot y Maciej Serwanski, *L'Histoire et ses fonctions. Une pensée et des pratiques au présent*, Paris-Montreal, L'Harmattan, 2000, pp. 151-164.

⑲ *Palabras pronunciadas por doña Esperanza Aguirre, ministra de Educación y Cultura, en la apertura del Curso 1996-1997 de la Real Academia de la Historia*, Madrid, 10 de octubre de 1996, reproducido en la revista *Comunidad Escolar*, 23 de febrero de 1996, p. 3.

⑳ El llamado «Plan de Mejora de las Humanidades» y la polémica que generó en España fueron analizados, desde diferentes perspectivas, en el encuentro organizado en Vitoria por la Asociación de Historia Contemporánea que dio origen a la publicación coordinada por José María Ortiz de Orruño, *Historia y sistema educativo*, número 30 de la revista *Ayer*, Madrid, Marcial Pons, 1998.

㉑ *Informe sobre los textos y cursos de historia en los Centros de Enseñanza Media*, elaborado por la Real Academia de la Historia, *El País Digital*, 8 de junio de 2000, num. 1517.

㉒ Pedro Ruiz Torres, «La 'reforma de las humanidades'», *Temas para el Debate*, Revista de Debate Político, marzo 2001, pp. 64-66.

㉓ Real Academia de la Historia, *Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, 1997, y *España como nación*, Madrid, Planeta, 2000.

㉔ Jacques Revel, dir., *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, París, Hautes Études, Gallimard/Le Seuil, 1996; Christophe Charle, dir., *Histoire sociale. Histoire globale?*, París, Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1993.

㉕ Ver, además de la nota 15, los planteamientos renovadores que suelen tener cabida en la revista *Genèses*.

㉖ Sidney Tarrow, *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*, Madrid, Alianza Universidad, 1997; Rafael Cruz y Manuel Pérez Ledesma, eds., *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza Universidad, 1997.

㉗ Jürgen Kocka, *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002; Josep Maria Fradera y Jesús Millán, eds., *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*, Madrid-Valencia, Biblioteca Nueva-Universitat de València, 2000.

un mundo hipertecnificado, tal y como denunciaban por entonces algunos bienintencionados defensores de las humanidades. Tampoco para contrarrestar la tendencia, tan característica de nuestra sociedad, a sustituir la complejidad del desarrollo histórico por una historia transformada en noticia. Menos aún con el fin de combatir el revisionismo que desvaloriza el pasado en general y tiende a equiparar a todas las partes en conflicto, algo que suele identificarse en España equivocadamente con nuestra ejemplar reconciliación democrática. La controversia que se ha suscitado a propósito de la historia que se enseña o debería enseñarse a nuestros jóvenes tiene otros motivos. El discurso pronunciado en la Real Academia de la Historia el 9 de octubre de 1996 por la entonces ministra de Cultura y Educación Esperanza Aguirre ⑲, el proyecto de decreto de «reforma de las humanidades» dado a conocer un año después y la polémica subsiguiente ⑳, el controvertido informe de la Real Academia de la Historia presentado el 27 de junio de 2000 ㉑, la reforma finalmente aprobada por el Consejo de Ministros poco antes de acabar ese mismo año ㉒, han devuelto el protagonismo a la historia concebida a la antigua usanza. Se trata de una historia cronológica convencional, de una historia de grandes personajes y acontecimientos relevantes para la trayectoria de España como entidad política incuestionable, de una historia «objetiva», «académica» (pero de la Real Academia de la Historia creada en 1738 por Felipe V, por encima de las múltiples historias que parecen salir de la institución universitaria), frente a la pretensión de los «nacionalismos periféricos» que promueven sus propias «historias locales» en detrimento de la «historia común de los españoles». España se convierte así de nuevo, aunque desde una ideología democrática y no desde el viejo nacionalcatolicismo, en el sujeto por excelencia del proceso histórico y como tal en una de las «naciones-estado» de mayor antigüedad e historia (una historia, por otra parte, donde también ahora se resalta la «normalidad» de la trayectoria española) entre las que actualmente existen en la vieja Europa. Su permanencia como tal, a lo largo de los siglos (desde la Hispania romana, la Edad Media o, como poco, los Reyes Católicos), pasa a ser una «realidad histórica» incuestionable, un «hecho objetivo», una «verdad avalada por los documentos y la ciencia de la Academia» ㉓ y no como lo que en realidad es, el resultado de una determinada instrumentalización política del pasado para hacer inamovible nuestro actual estado-nación.

Carolyn P. Boyd, en las conclusiones de su libro anteriormente citado, se mostraba partidaria de que la nueva democracia española, como han hecho antes otras democracias, inventara su propia historia, una historia que fuera algo más que la suma de las historias separadas de las nacionalidades o regiones que la componen. En caso contrario, perdería la batalla por mantener el equilibrio constitucional entre integración y autonomía. Pero algunos historiadores también nos preguntamos si no sería mejor plantear la cuestión en otros términos. Las «historias generales» con protagonistas tales como los estados, las naciones o los pueblos, siempre suelen manifestar unas pretensiones «armonizadoras» y unas visiones unificadoras que les hacen incapaces de dar cuenta de la complejidad, diversidad y conflictividad del proceso histórico. La historia social que surgió precisamente del descrédito de la vieja historia política y del nacionalismo estrecho que muchas veces la inspiraba, con sus rectificaciones y desarrollos recientes (las diferentes versiones de la *microhistoria* ㉔, ciertas derivaciones de la *tournant critique* promovida por la llamada cuarta generación de los Annales ㉕, la historia cultural de impronta anglosajona centrada en las diversas formas de acción colectiva ㉖ o la manera como destacados representantes de la *Sozialgeschichte*, como es el caso de Jürgen Kocka ㉗, han tomado en consideración los nuevos caminos abiertos por la historia de los conceptos o *Begriffsgeschichte* y la historia de las experiencias cotidianas o *Alltagsgeschichte*) sigue siendo una alternativa en alza. Va más allá de las fronteras de los actuales estados y del anacronismo de proyectar esas fronteras políti-

cas hacia atrás en el tiempo. Permite establecer las distintas evoluciones y las particularidades de cada caso sin perder la perspectiva comparada. Finalmente, se corresponde mucho mejor con un presente de identidades sociales múltiples, superpuestas y cambiantes en un ámbito mundial y con un futuro que deberá crear nuevas formas políticas donde tengan cabida esas identidades.

A diferencia de lo que piensan quienes defienden una vuelta a la historia política y narrativa de corte tradicional, cualquiera que sea el fin educativo que a ella se le asigne (nacionalista o «cívico liberal»), promover un tipo de escritura y una forma de enseñanza que muestre todo aquello que constituye la práctica profesional de los historiadores (fundamentalmente crítica) y la evolución experimentada por la historia concebida como saber o *episteme* (preocupada en gran medida por el estudio de los cambios sociales) tiene hoy un sentido inconformista en relación con el presente. Es otra más de las paradojas de la actual coyuntura, de un tiempo supuestamente de la plenitud pero que en realidad es más que nunca historia de manera casi inmediata.

Con todo, tampoco hay que exagerar el valor social de la historia como disciplina. Sabemos que en la formación de la conciencia histórica de la mayoría de los individuos el papel principal le corresponde no a la enseñanza programada e instituida de la historia como un dominio del saber o de la ciencia (algo a tener muy en cuenta en cualquier reforma educativa), sino al pensamiento histórico que de modo individual y espontáneo se manifiesta en las diversas actividades de los seres humanos. Las fábulas, los cuentos narrados por los parientes, la literatura, las películas, la memoria familiar o colectiva, los estereotipos culturales, los media... contribuyen de manera decisiva a la formación de la conciencia histórica ②. Después de todo, los individuos aprendemos a pensar el mundo históricamente a través de matrices culturales muy diversas y cambiantes en el tiempo. Esas matrices comportan unos valores que se hacen inseparables del pensamiento histórico. Con ellos damos significación a las acciones individuales o colectivas y a las informaciones que obtenemos acerca del mundo de otras épocas. En ese sentido, la historia pertenece al dominio de la cultura y el conocimiento que nos proporciona forma parte de la misma. La elaboración y transmisión de conocimiento acerca de ciertos hechos del pasado, así como la reflexión sobre el tipo de saber que los proporciona, ha de tomar sin duda en consideración esas matrices culturales y cómo determinan nuestra manera de concebir, describir, investigar, narrar, explicar los hechos históricos. Somos conscientes de ello y no sólo por supuesto en el caso del pensamiento histórico espontáneo, de la opinión normal y corriente, sino también debido a que la presencia de esos elementos culturales resulta cada vez más evidente en el proceso de elaboración del conocimiento histórico y en relación con los problemas específicos que plantea la enseñanza de la historia ③.

Sin embargo, si bien los individuos pensamos el mundo histórico con unos valores, esos valores y los conceptos a ellos asociados pueden y suelen ser modificados en el proceso de aprendizaje de la historia entendida como saber o *episteme*, en mayor o menor medida cuanto más lejos o más cerca se encuentre esa historia de la conciencia histórica corriente. La historia no es únicamente un dominio de la cultura ④ sino de algo que con seguridad forma parte de la misma, pero que tiene rasgos muy particulares y a lo que llamamos de forma genérica *ciencia*, claramente distinguible del sentido común o del pensamiento normal y corriente. La actividad científica comprende no un modelo único sino diversas clases de ciencia, es decir, de disciplinas que disponen de sus respectivos medios profesionales estables en desarrollo. Desde la época de Ranke y de Droysen a nuestros días, el conjunto de habilidades y destrezas que permite el establecimiento de los hechos históricos y hace posible la interpretación de los mismos se ha ampliado y diversificado enormemente y los historiadores hemos tomado conciencia de la compleja operación intelectual que se pone en juego cada vez que pre-

② Wojciej Bugajewski, «Identité, valeurs, éducation. De la formation spontanée de la conscience historique», en H. Moniot y M. Serwanski, *L'Histoire et ses fonctions*, op. cit., pp. 113-126.

③ En este último terreno, Pilar Maestro hace muchos años que viene insistiendo en la importancia que tienen los esquemas de conocimiento previos, algo que no suele tener en cuenta la metodología didáctica tradicional, «conceptos sustantivos» que constituyen elementos básicos de la estructura epistemológica de la historia y visiones personales de ciertos personajes o procesos históricos adquiridas a través de la divulgación cultural. Véase Pilar Maestro, «Epistemología histórica y enseñanza», *Ayer*, núm. 12 (Pedro Ruiz Torres, ed., *La historiografía*), Madrid, Marcial Pons, 1993, pp. 135-181.

④ Como Carl E. Shorske nos la presenta preferentemente en su libro *Pensar con la historia*, Madrid, Taurus, 2001.

tendemos recuperar el nivel elemental del pasado, ese nivel que nos lleva a reconstruir la forma de los hechos, a localizarlos en el tiempo y en el espacio, a datarlos con la mayor precisión posible, por no hablar de la dificultad a la hora de contestar a las preguntas básicas: qué ocurrió, cómo ocurrió, por qué ocurrió. No se trata, como al principio se pensaba, de una simple inferencia que hace posible, así sin más, pasar de los documentos a los hechos, como si los primeros, convenientemente depurados de adherencias, fueran el reflejo de los segundos. Todo un conjunto de razonamientos, condicionados de muy diversas maneras por la personalidad de los historiadores, su ideología, su formación, su medio social, su época, van estableciendo los hechos y reinterpretándolos continuamente en un proceso que, sin embargo, lejos de ser puramente subjetivo, se hace cada vez más objetivo a medida que los resultados son sometidos a la crítica colectiva, son contrastados una y otra vez con el análisis de los restos del pasado mediante procedimientos y técnicas que van perfeccionándose, y son dotados de un sentido que gana en complejidad y pierde, por una parte, el carácter teleológico que cada presente imprime y, por otra, el maniqueísmo propio de las respectivas ideologías.

En diversas ocasiones se ha llegado a decir que la historia concebida como ciencia entró en crisis tras la caída del muro de Berlín y el derrumbe de la Unión Soviética por su incapacidad a la hora de predecir unos acontecimientos tan trascendentales. Semejante descalificación es una auténtica simpleza, dado que ninguna persona mínimamente informada le pide hoy a la ciencia que explique el mundo como lo hacía la física newtoniana, de un modo rígidamente determinista y mecanicista. En la vida cotidiana las leyes de la mecánica se ven frustradas por procesos ocurridos al azar (estocásticos) con tanta frecuencia que el determinismo parece completamente inexistente. «En el caso de las ciencias biológicas –escribe Erns Mayr– la receta mecanicista del mundo natural funcionaba peor aún. En el método científico de los mecanicistas no tenía cabida ni la reconstrucción de secuencias históricas, como ocurría en la evolución de la vida, ni el pluralismo de respuestas y causas que hacen imposible la predicción del futuro en las ciencias biológicas». Como nos dice el citado autor, «existen más diferencias entre la física y la biología evolutiva... que entre la biología evolutiva... y la historia»³⁹, algo que, cabe añadir, no impide que consideremos ciencia a la segunda.

³⁹ Erns Mayr, *¿Qué es la biología?*, Barcelona, Ariel, 2001, pp. 43 y 51.

Hacer que se conozca en qué consiste el trabajo de los historiadores, mostrarlo y enseñarlo de un modo que ponga de relieve las diversas operaciones intelectuales que en él intervienen, los diversos problemas que se plantean, los fundamentos más o menos sólidos y también los límites del conocimiento histórico, resulta en mi opinión mucho más formativo que escribir o enseñar una historia simplemente por medio de recuerdos, incluso de hechos bien establecidos en el tiempo y en el espacio y dispuestos en una trama con el mejor estilo narrativo. La historia por supuesto no posee verdades absolutas (¿hay alguna ciencia que hoy tenga esas pretensiones?) y ha de acostumbrarse a un futuro abierto a constantes reinterpretaciones, pero ello no quiere decir que esas interpretaciones partan de cero, ni que sean mejores por el hecho de ser nuevas. Cada época, cada sociedad, cada generación tiene el derecho y la obligación de escribir su propia historia, pero ésta, en tanto que disciplina, es un producto cultural específico que puede llegar a adquirir un valor social muy grande. El objetivo que la institucionalizó y le da continuidad en el tiempo a la historia como disciplina, por mucho que sobre ella se ejerzan presiones culturales y especialmente políticas, es proporcionar conocimientos racionales sobre los hechos del pasado y ello es la mejor manera de combatir la manipulación de la memoria o de la historia por parte de quienes tienen intereses muy distintos. Por ese motivo, en nuestro paradójico tiempo presente, el trabajo del historiador, cuyo principio regulador y horizonte último, como señala

⑩ T. Todorov, *op. cit.* p. 156.

Todorov, no es el interés del sujeto, sino la verdad impersonal ⑩, ha de seguir reivindicándose frente a otros que, por mucho éxito que tengan, no deben confundirse con el suyo: el del coleccionista o el del conservador de «reliquias», el de la persona al servicio de la conmemoración o de la noticia, el de quienes acumulan hechos del pasado o dan testimonio de los mismos, el del cronista de sucesos, el del guardián de la memoria, el del narrador de historias sin otro objetivo...

«Papá, explícame para qué sirve la historia». «Así –nos dice Marc Bloch– interrogaba hace algunos años, un muchachito allegado mío a su padre que era historiador». De ese modo comienza la *Apología para la historia o el oficio de historiador*, el libro que, en una nueva y reciente edición ⑪, ha permitido recuperar las dos versiones del manuscrito de Marc Bloch, la primera redacción y la redacción definitiva, que

⑪ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Edición crítica preparada por Étienne Bloch, México, Fondo de Cultura Económica, 1996. Massimo Mastrogregori, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch*, México, Fondo de Cultura Económica, 1998.

nunca conoció Lucien Febvre. El citado libro pretende responder a esa cuestión de un modo que sigue siendo estimulante, en especial para contrarrestar los frecuentes momentos de desánimo de los actuales aprendices de historiadores en nuestro paradójico tiempo presente. Para qué sirve la historia es algo que se preguntan ciertamente muchos de nuestros estudiantes. La mejor manera de hacer frente a sus dudas, que son también las nuestras, no es hablarles de la utilidad de la historia en un mundo donde no está claro cuál es el valor de la misma, sino hacer que tomen gusto por el proceso intelectual que permite saber cosas acerca del pasado, por el aprendizaje y la enseñanza de ese tipo de historia.

Hubo también hace mucho tiempo una persona que se lo planteó a su hijo del siguiente modo: «me siento algo cansado –le dice Antonio Gramsci

a Delio en una carta enviada desde la cárcel en la que le tiene confinado el gobierno fascista– y no puedo escribirte mucho. Tú escríbeme siempre y acerca de todo lo que te interese en la escuela. Yo creo que te gusta la historia, como me gustaba a mí cuando tenía tu edad, porque se refiere a los hombres vivos, y todo lo que se refiere a los hombres, a cuantos más hombres sea posible, a todos los hombres del mundo en cuanto se unen entre ellos y trabajan y luchan y se mejoran a sí mismos, no puede gustarte más que cualquier otra cosa. Pero ¿es así?» ⑫.

⑫ Carta a Delio Gramsci, fecha indeterminada, «Lettere dal carcere», en Antonio Gramsci, *Antología*, selección, traducción y notas de Manuel Sacristán, México, Siglo XXI, 1977, p. 511.

El interrogante, ese ¿es así?, persigue también a los historiadores, como Pierre Vilar confesó en el homenaje que en 1984 le tributaron en la ciudad de Lleida, a los profesores y a no pocos estudiantes como los que, dos años antes de dicho homenaje, por fortuna tuve como alumnos de cuarto curso de una asignatura que impartía en la especialidad de historia contemporánea. Ellos hicieron un magnífico trabajo colectivo sobre los orígenes del fascismo que fue al mismo tiempo una experiencia propia de acercamiento a la historia, a la *historia viva* que tanto gustaba a Antonio Gramsci. Por ese motivo no me extrañó que en dicho trabajo quisieran rendir un pequeño homenaje «a aquel sardo jorobado y revolucionario que en tiempos difíciles fue capaz de escribir algo tan bonito como esto». Esa *historia crítica y doblemente viva*, por los objetos que estudia y por el modo de hacerlo, es también la que muchos seguimos reivindicando en nuestro paradójico tiempo presente.

